

# ALIENTO EN LAS PUPILAS: CUATRO POETAS DE COLOMBIA

**MARIO ENRIQUE ERASO BELALCÁZAR**

Doctor en Literatura Hispánica por El Colegio de México

Profesor Universidad de Nariño

riooseamar@gmail.com

## RESUMEN

Este comentario crítico parte de una premisa: es necesario establecer el canon de la poesía colombiana contemporánea. Esta tarea implica ofrecer a los lectores una perspectiva de la poesía colombiana con poetas que merecen un lugar en ese canon, considerando la calidad de la poesía y la serie de temas que desprenden sus poemas. Por tanto, presento a cuatro poetas: Mauricio Contreras (Bogotá, 1960), Gonzalo Márquez Cristo (Bogotá, 1963-2016), Gloria Posada (Medellín, 1967) y Francisco Gómez Campillo (Popayán, 1968), intentando fortalecer la visión de cada uno de ellos, asociándolo con un elemento natural: agua, aire, tierra, fuego. Así las cosas, más que una lectura basada en argumentos teóricos ceñidos a la crítica literaria de uso, me parece sugestivo procurar llegar a estas voces por trochas más intuitivas que académicas, imaginando el camino mental seguido por las imágenes que ellos proponen para el placer del lector. Al final del comentario transcribo algunos poemas de los autores. La breve antología, sin embargo, ayuda a formarse una idea más concreta sobre el valor de estas voces. Creo que con esta presentación se puede comenzar a resolver la pregunta sobre las características de la poesía colombiana de los últimos años.

**PALABRAS CLAVE.** Gloria Posada, Mauricio Contreras, Gonzalo Márquez Cristo, Francisco Gómez Campillo, Poesía colombiana contemporánea.

## ABSTRACT

This critical comment starts from a premise: it is necessary to establish the canon of contemporary Colombian poetry. This task involves offering readers a perspective on Colombian poetry with poets that deserve a place in that canon, considering the quality of the poetry and the series of themes that emanate from their poems. Therefore, I present

four poets: Mauricio Contreras (Bogotá, 1960), Gonzalo Márquez Cristo (Bogotá, 1963-2016), Gloria Posada (Medellín, 1967) and Francisco Gómez Campillo (Popayán, 1968), trying to strengthen the vision of each of them, associating it with a natural element: water, air, earth, fire. Thus, more than a reading based on theoretical arguments limited to the literary criticism of use, it seems to me suggestive to try to reach these voices by paths more intuitive than academic, imagining the mental path followed by the images that they propose for the pleasure of the reader. At the end of the comment, I transcribe some poems of the authors. The short anthology, however, helps to form a more concrete idea about the value of these voices. I think that with this presentation we can begin to resolve the question about the characteristics of Colombian poetry in recent years.

**KEY WORDS:** Gloria Posada, Mauricio Contreras, Gonzalo Márquez Cristo, Francisco Gómez Campillo, Contemporary Colombian poetry.

## INTRODUCCIÓN

Comenzaré con una imagen ritual: Posada, Contreras, Márquez Cristo y Gómez Campillo son poetas desgarrados y combativos, que están trasfigurando la poesía, entregándole esa transparencia oscura que llega después de que el corazón ha sido desdoblado y las obsesiones errantes se han recogido en palabras. Pero, entonces, ¿qué tipo de herida desvaída los identifica tras su golpe, como si ellos fueran gotas, soplo, arenas, chispa, animales violentos?, ¿cuál avidez hace posible que cada uno renueve la mancha luminosa, húmeda, amarga del poema, hundidos en su solitaria espiral?

Para bosquejar una respuesta he recurrido al siguiente corpus de libros de poesía: de Gloria Posada, *Naturalezas* (Ediciones Sin Nombre, México, 2006); de Mauricio Contreras, *La herida intacta* (Alcaldía Mayor de Bogotá, Bogotá, 2005); de Francisco Gómez Campillo, *El viento y los colores* (Universidad del Valle, Cali, 2005); de Gonzalo Márquez, *Oscuro nacimiento* (Ediciones Común Presencia, Bogotá, 2003). Con ellos intentaré esbozar las coordenadas que podrían ser como ventanas inclinadas a la comprensión de estos cuatro poetas colombianos nacidos en la década de los años sesenta del siglo XX, sin olvidar que la poesía es una experiencia inexplicable, violenta, lejana. Cabe precisar que los poemas consignados en la antología también están tomados de los poemarios arriba citados.

## LOS CUATRO ELEMENTOS

- AIRE

Para Gloria Posada la experiencia de la poesía no consistiría en buscar o descubrir, sino en caminar a la intemperie bajo el cielo; menos que la luz o la oscuridad, la penumbra sería su lugar. Estos versos que tienen la calma de la sangre brillante, están fundidos contra el aire; por eso son leves, gravitan en su celda mental, aunque su ligereza es proporcional a la quemadura de su vuelo:

“Duración”

Gotas de agua

ya no son nube  
 Frutos y hojas  
 no son árbol  
 Pétalos no son rosa  
 Lágrimas no son mar sereno

Todo lo que se desprende  
 Nos enseña a caer

Es evidente el desprecio de los artículos y de las metáforas yuxtapuestas, incluso la plena consciencia del peligro de que un sustantivo se convierta, provisionalmente, en adjetivo. No hay prisa, sólo se advierte la pausa de las grandes palabras, fracturadas como cáscaras maduras sobre el desierto: “gotas”, “agua”, “frutos”, “hojas”, “árbol”, “pétalos”, “rosa”, “lágrimas”, “mar”, “todo”. Así, pues, se podría encontrar Alejandra Pizarnik (“aún no es ahora / ahora es nunca // aún no es ahora / ahora y siempre / es nunca”) templando, en el bajorrelieve de esta poética, su plumaje de reina de la melancolía. Sin embargo, Gloria Posada, quien escogió, justamente, para su primer libro *Oficio divino* (1992) este epígrafe de *La joven parca* de Valéry: “seguí tras la serpiente después de ser mordida”, aceptaría esa lección, pero se anudaría a otra: su escritura diurna, ardua, contemplativa, tiene la sequedad de una piedra partida que se trasmuta en una gota de cielo abierto. De ahí la humanidad embellecida que se despliega en estos versos del aire, como si, fugazmente, el alba nos recogiera desnudos, cubiertos por hojas blancas, sueltas, transparentes.

“Sonido que cae”

Hojas en el suelo  
 construyen  
 memorias del árbol

Semillas viajeras  
 germinan en silencio  
 hasta tejer sus ramas el bosque

Lluvia alimenta la raíz

origen que desciende  
 pero no cae  
 como el fruto en la ofrenda

Todo se mueve en el árbol  
 y él permanece firme  
 invocando al cielo

- TIERRA

Las personas amadas sólo son visibles en la oscuridad; cuando cerramos los ojos podemos adivinar de quién es la mano calurosa que nos venda, y si la mano está indefensa, sabremos que se trataba de la caricia de la tierra. Mauricio Contreras intentaría conciliar el deseo de la tierra con lo que es más que esa savia profunda; aunque esa confluencia no acabará de germinar, pues la oscuridad está en la cumbre, inextinguible, inexpugnable:

“XIV”

la olla a presión atragantada de fríjoles

el llanto de los niños atragantados de hambre

la madre atragantada de años

el televisor atragantado de muertos de anoche y otros tantos

el incesante goteo cayendo al fondo del alma

el poema

una pausa

para conjurar los ruidos de la casa

En este poema no hay señuelos, trampas, fuegos de artificio; si tiene la apariencia de piel rasguñada es porque sus versos son como golpes del desastre destinados a herir, a violentar, a traspasar. Una voz nos dice que la infancia ha terminado, que los caminos ya no son caminos, que debemos desconfiar del color de las rosas pues la única belleza que nos sostiene frente a las barracas es la fuerza:

“X”

¿dónde esa legión de arcángeles hermosos y turbulentos como pájaros sonámbulos?  
 ¿cómo apacentar mis bestias en oleaje de cuerpos escurriendo como aceite de sándalo?  
 ¿y la noche que disuelve todas las fronteras?  
 errante me embriago como un condenado  
 acaricio con mi lengua rosas de fuego entre palabras cenicientas  
 latas de cerveza y jadeos de insectos de acero rasgando la piel del asfalto  
 no hablo del destierro  
 pero cómo bailarían con los gitanos alrededor de sus carretas  
 o acaso  
 ¿aullar contra el cielo y su más fastuosa miseria?

En el tránsito que va de la noche perfecta a la oscuridad de los socavones, se advertiría la presencia de Raúl Gómez Jattin (1945-1997). Quizás, por eso, en Contreras no habría pureza distinta a la del animal destronado; sus poemas serían jaurías sin cadenas, desolladas, escupiéndolas libres por las avenidas oscuras, que solas y furiosas se quedarían cuando va desapareciendo lo que los unía a la tierra, a la atracción de sus giros, mientras tantean las palabras mordidas entre tributos agónicos.

- AGUA

En la banca del parque hay alguien —hechizado— esperando la lluvia. Ese alguien (¿niño, pájaro, monje, insecto, muchacha desnuda?) intenta conciliar las diversas tonalidades del soplo del viento; que solamente queden las partículas de la lluvia en sus cristales herméticos, mutados ahora —han sido redimidos de la espesura— en testigos de

las nupcias de la luz con luz en el fondo del acuario de su corazón, allí donde se agitan las imágenes recién lavadas como arroz puro:

“Habíamos sido dioses por un instante”

A un día  
Seguía otro día  
Y siempre era  
La niñez,  
Siempre era  
El río,  
Siempre la tarde  
Y sus juegos,  
La calle  
Y sus juegos,  
El cielo  
Y las nubes,  
La hierba  
En el rostro,  
La madre bella,  
El bosque  
Y las frutas  
Robadas,  
La risa  
No acababa  
Ni la amistad  
Con el viento.

Francisco Gómez Campillo, entonces, estaría libre y hacia el extremo de la infancia, a la espera del aliento de la cascada e, inversamente (pues la poesía no da nada, no exige nada) se frotaría los ojos con las aguas turbias, las que graban su humedad coralina en lo incierto, y así, en ese equilibrio sin eje, las aguas irían provocando el naufragio de las diminutas vestiduras del poema:

“Poema”

Un vaso con agua es una fuerza trascendente:  
 Mueve su presencia hacia el centro del poema  
 Donde el agua es una cualidad de la memoria  
 Para recordar el vínculo entre dos hechos:  
 Los amantes que se desnudan en un cuarto  
 Y la barca que fluye despacio por el río:  
 La corriente arrastra los dos acontecimientos  
 Hacia la unión que la mente no comprende,  
 Los amantes ya se besan los rostros fracturados  
 Por la veloz penumbra del cuarto en movimiento,  
 Pero el vaso de la inmovilidad brilla y aguarda  
 El estallido, la sed, la fuerza trascendente.

¿Acaso *Muerte sin fin* de José Gorostiza es “la fuerza trascendente”? ¿Será que la poesía (todos los nombres y ninguno) mueve sus peones de la transparencia mientras el Rey de la sangre coquetea con la saliva purificadora de la Reina? ¿Si esto fuera cierto, cambiaría la experiencia de la poesía o, inevitablemente, la mancha germinal seguiría tatuada en el adiós de la infancia? A estas conjeturas, Gómez Campillo parecería responder con los sentidos puestos en el agua; pero su palabra no se aleja del corazón de la humanidad para hacerse más humana, sino que, por el contrario, ha resistido el oleaje para hacerse más clara.

- FUEGO

Sentados alrededor de la tulpa, moliendo el curare, como desalentados de brazos de tigre y risa de piedras, mientras otros bailan sobre las maderas mojadas y el mayor hace sonar la trenza de las hojas para que las visiones ganen la velocidad de las llamas, los poetas del futuro penetran en el castillo de la pureza luego de haber sido devastados por la noche vidente. No hay prisa: un segundo o todos, un día o ninguno, ahora o siempre, y de súbito las imágenes comienzan a arder y de lo profundo de las tripas del fuego se alza el monograma de la claridad:



“Dominio de las huellas”

Volví de la noche: aún me escucho el corazón.

Para construir en el abismo me entrego al resplandor que aniquila, que escalda mi rostro.

Aquí sólo el fuego conoce los caminos.

Hemos sido encargados de profanar el mundo, de seguir a quienes fundaron una progenie de espectros y de anunciar la llegada de los emisarios del terror.

Cuando la sombra nos precede sospecho que el tiempo me vigila.

Fui expuesto. Me acechan los inquisidores. El victimario sufre la tiranía de sus huellas y ese incesante sobresalto será nuestra única venganza.

Somos los nuevos nómadas, los prisioneros del futuro, los de la mirada inacabable.

Es en momentos aciagos cuando es oportuno renacer, conteniendo la respiración, sintiendo el miedo que aletea en la ventana.

¿Aún será posible expresar la primera sílaba? ¿Emprender nuestro retorno vegetal?  
¿Recobrar el canto del agua? ¿Liberar a la raíz?

Comprendí todos los regresos.

La poesía se lee cerrando los ojos.

Instigué a la flor para que se rebelara contra la primavera. Extravié mi sed.

Oh noche, todo se ha creado en contra tuya.

Gonzalo Márquez Cristo muere cada vez que escribe y no cree en el mito del ave fénix: no renace, tiembla. Es hostil a lo que no pertenece a la llama; hereje al que le repugna escribir bajo los manotazos de la primavera: lo suyo es la carne de la noche, los socavones, las sombras que se ajustan, ansiosas, bajo el subsuelo de las avenidas. Se come las manos y escribe con los muñones puestos en cruz como una bendición incandescente:

“Oscuro nacimiento”

Fuera de ti, amo sólo lo que es de todos...

Destruyo mi alianza con el sol. Mi fin acabará por encontrarme. Convertida en fragmentos me guías al nuevo sabor, saber del agua. ¿Cuántos sueños no hemos usado?

Giras, te perfeccionas: te tornas vegetal. Tus dedos caen como hojas... Una palabra agoniza. Enceguezco.

*Ninguna de mis preguntas tiene respuesta, dices con voz de ámbar. Ni soledad, ni nacimiento...*

Los ojos se rebelan. Surge entre nosotros un dios efímero que debemos devorar. Atemorizados entregamos los nombres. Aprendemos las primeras sílabas. No es posible descreer del miedo con sus fundaciones, sus túneles sagrados, sus sombrías génesis, sus evasivas ardientes... Aunque a veces nos distancie el amor.

Nadie arde dos veces en el mismo fuego.

Mujer, trae la tierra, abrígate con tu sombra. Renuévate en las tinieblas, escapa en tu respiración... No sustituyas la muerte por la escritura de la verticalidad...

Escucha venir el tiempo.

*(A Pilar, dibujo en el agua)*

No hay prisa porque no hay escapatoria. Si la poesía consiste en aprender a excavar en los ojos del tigre o, con otras palabras, hundirse en su rechazo (soñar, por ejemplo, que ella se va para siempre como una mujer que nos despide de sus brazos), vale la pena abandonar los ojos en el fuego; quedarse quieto allí, sin decir nada, con las pupilas rojas, vagabundas, y no volverlas a levantar de la hoguera nunca, nunca, nunca.

## CONCLUSIÓN

“No hay poesía sin la tentación del demonio”, dice Jorge Cuesta. Entonces: ¿cuál es el demonio de la actual poesía colombiana? En Gloria Posada, Mauricio Contreras, Francisco Gómez Campillo y Gonzalo Márquez se mostraría, al menos, la flotación de ocho características fundamentales entre cuyas fisuras la anti-heroína hace señas al diablo para permanecer bella: poesía ensimismada pero profunda, desmoronada pero viril, empapada pero vital, dolorosa pero resplandeciente. Sólo por eso, a los nombres mayores de la poesía colombiana del siglo XX (León de Greiff, Aurelio Arturo, Álvaro Mutis, José Manuel Arango, Giovanni Quessep y Raúl Gómez Jattin), quizás se podría sumar alguna(s) de estas voces en el siglo XXI; y, si eso sucediera, de esta poesía ya no se podría esperar la madurez del espectáculo, sino, mejor, el paso firme de quien pierde fantasía para ganar brillo, melodía para ganar fuerza, emoción para ganar enigma, armonía para ganar tensión.

# ANTOLOGÍA

**GLORIA POSADA**

“Bajo el cielo”

Estrellas  
signan la tierra  
Elementos nos habitan  
forman la carne  
sustancia y calor  
de nuestro cuerpo

Cúmulos de nubes  
viajan en el viento  
se unen y separan  
en la imprecisa forma del tiempo  
Ciclo final  
que nos acecha

No conocemos  
bajo el cielo  
la exacta intemperie

## “Naturalezas”

Respirar o evaporarse  
tener raíz o ir a otro lugar  
La superficie es piel o plumaje  
la partida es vuelo o camino

En el ser  
horizontes se renuevan  
lenguajes nombran mundos

Lo pasado es eco del olvido  
El amor encuentra silencio  
cuerpos sienten frío

El pensamiento busca respuestas  
Proximidad como lejanía  
mirada como deseo  
Estrellas o células  
el interior de la sangre es inaccesible

## “Arte efímera”

Ese instante  
de montañas azules  
cielo rojo  
y nubes  
concentradas en violeta

Ocaso  
en que la luz  
es icono

Rotación  
donde vislumbramos  
la noche

**MAURICIO CONTRERAS**

“T”

los pasillos de un centro comercial  
un sillón frente al televisor  
el agobio de la música

o

del licor

las paredes de un baño público  
un estadio vacío

una mala película

un trancón

el exceso

la carencia

la última colilla

consumida en las hogueras del insomnio  
y esta erección insatisfecha  
cuando la muerte de ojos tan grandes  
para mirarte mejor  
me aleja de tu sexo acezante

“II”

bajo el volcán  
el nómada extravió  
entre piedras derrotadas de furor  
o el delirio  
armadura de luz

recio pelambre de perro callejero  
husmeando mendrugos de dios  
de voz  
de amor

en el lodazal inmenso  
y  
amanece

“VI”

hoy amanecí degollado  
un tajo limpio  
una irónica sonrisa de oreja a oreja adornaba mi garganta  
era de ver mi lengua colgando como corbata  
y las de mis vecinos babeando sobre la alfombra  
queriendo meterse en mi cuarto

la empleada del servicio recoge sábanas y cientos de colillas de cigarros  
mientras me aconseja comportarme como un buen muerto y no dar esos espectáculos  
mi ocasional amante chilla que todo no es más que un pretexto para no pagarle

y mi madre  
ya la escucho  
reprochando la desfachatez de andar por ahí sin tan siquiera una bufanda

claro que si tuviera una bufanda roja me colgaría de la viga más alta  
y escribiría un poema titulado *el ahorcado del café bonaparte*

pero ni esto es París  
ni el palo está para cucharas

lo único cierto es que hoy  
en el cuarto número doce de las residencias Luis XV (sin aviso a la calle)  
amanecí degollado  
y no logro despertarme



**FRANCISCO GÓMEZ CAMPILLO**

“Continuidad”

No sigue  
Nada,  
Después  
De una  
Piedra  
Sigue  
El cielo,  
Tal vez  
Una muchacha  
Desnuda  
Haya  
Precedido  
El estupor  
De los ojos,  
Pero  
Después  
—recuerda—  
No sigue  
Nada.

## “Invitación al camino”

No  
Se afana  
El grillo,  
Ni  
La lluvia,  
El hombre  
Se afana,  
El día  
Será  
Breve,  
Pero  
Habrá  
Un minuto  
Infinitamente  
Largo  
Como  
Un camino.

## “Razón loca”

No existe  
Ni lo más  
Pequeño,  
Ni lo más  
Grande,  
Ni lo más  
Perfecto,  
Ni lo más  
Imperfecto,  
Ni lo más  
Alto,  
Ni lo más  
Leve,  
Ni lo más  
Claro,  
Ni lo más  
Profundo...  
Pero  
Existe  
La rosa.

## GONZALO MÁRQUEZ CRISTO

### “Restituciones”

Pretendo que todo lo perdido se convierta en poema.

Las heridas como los huracanes tienen nombre. Y aunque ignoro por qué a mi alrededor nacen los abismos, desde el origen fui mancillado por la felicidad, por su cima inclemente.

Las invasoras restas del recuerdo. La pugna de la raíz. La antigüedad del silencio...

No pongo flores en el cementerio del sueño, pero continúo a pesar de todas las arenas movedizas del espíritu.

La culpa que no te deja partir es el amor.

Y ahora la niebla, la lluvia, la ausencia...

El desequilibrio llamado belleza, la terrible orfandad de lo sagrado, la rosa ígnea que me guía en la desesperación...

Sé que el camino terminará por encontrarme.

Como todo lo que se hace visible para morir.

## “Descenso de la luz”

La noche es mi regreso. Transito el museo de la ausencia.

Todo sufrimiento es inútil para quien no persigue la poesía, para quien no alimenta con sus ojos a las águilas.

Ejercito la sed. Amo tan sólo a quienes no pude salvar.

Ya no existe una oscuridad que guíe nuestros sueños ni los fantasmas del deseo inconcluso; sólo el abyecto intercambio que ha remplazado al rito.

Ya no busco, pierdo...

Y ni siquiera encuentro lugar en el asombro.

No puedo olvidar más. Ni pretendo saber las tres respuestas ocultas por la muerte.

Aquí nadie carece del odio necesario para recobrar el paraíso, ni confiesa su ruda caída en el día.

Debo ser sombra o grito. Retorno o nacimiento.

Cada origen decretará la abolición del yo.

Es entonces cuando la respiración será verde.

Y aunque todo se lo deba al dolor... Avanzo: caigo. Elijo los caminos que no tienen final. Las voces que incendian las tinieblas. El poema.

Tú lo sabes, cuerpo estremecido:

No es en el tiempo donde he puesto mis palabras.

## “Canción de la ceniza”

El poeta veía nacer el instante.

La escritura era la cicatriz dejada por algo que nunca pude comprender.

Al amanecer las nubes entraban a mi casa. El aroma tradujo a las flores y una mujer que nada sabía de la tierra sostenía mi voz cuando viajaba en el potro del miedo.

Ninguna palabra ha permanecido ilesa.

Todas las salidas fueron clausuradas.

Quise desnudar al objeto. Perturbar el origen. Contraer el lenguaje a una edad anterior a la vida para pronunciar el primer sí. Y eso aumentó mi soledad.

Es el amor, no el odio o la venganza, el que terminará por extinguirnos.

Espero a los herejes.

La espina quizá, pero la rosa no puede ser interpretada.

En la red del poema atrapo mi muerte.

¿Quién habitará mi sombra?